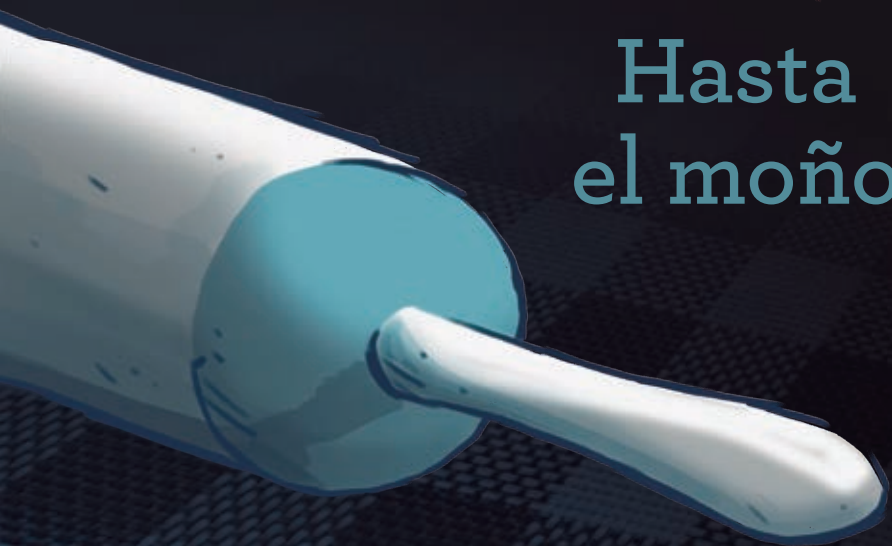


Cincuenta sombras de Luisi



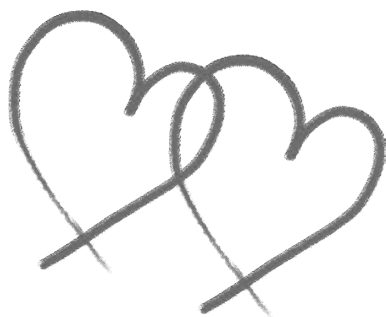
Hasta
el moño



Ángel Sanchidrián

minotauro

Cincuenta
sombras
de Luisi



Hasta
el moño

Ángel Sanchidrián

minotauro

© Ángel Sanchidrián, 2024

Diseño de interior: dtm+tagstudy
Ilustración de cubierta: José Fonollosa
Diseño de cubierta: Book & Look

Imágenes de interior: pp. 200-203: ©Kzenon / Shutterstock

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1920-7
Depósito legal: B. 14.123-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

Separados al yacer

Manolo y yo nos hemos separado de mutuo acuerdo. Estábamos discutiendo como discute cualquier pareja normal y civilizada —gritándonos vituperios mozárabes, haciendo escarnio de los defectos del otro y recordando viejas afrentas— cuando él dijo «pues me voy» y yo le dije «pues adiós». Mutuo acuerdo. Esto fue por la mañana; por la tarde ya lo tenía de vuelta en casa con el perro y las maletas. Yo creo que echó un vistazo al precio de los alquileres y volvió más rápido que el AVE cuando funciona. Pues me quedo, dijo él. Pues muy bien, dije yo. Mutuo acuerdo otra vez.

A lo mejor con la broma del predictor me pasé un poco. Casi me lo cargo. Estuvo el pobre más de

diez minutos tirado en la cama con la lengua fuera y los ojos en blanco que yo ya no sabía si llamar al médico o a un exorcista. Ya me quedó claro que él otro crío como que no.

Manolo y yo tenemos dos hijos. Lo que pasa es que los tuvimos muy jovencitos y se independizaron muy pronto. Queríamos el tercero pero no vino, y no fue porque no lo intentáramos. Los días fértiles nuestro dormitorio era el hipódromo. En cuanto Manolo llegaba del trabajo, se daba un jabón en las gallinejas y nos lanzábamos a la pernicia. Que menos mal que esto está avalado por el Vaticano porque algunas cosas que hacíamos eran para que San Pedro le diera dos vueltas a la llave.

Incluso acudimos a un médico, que nos dijo que el problema, probablemente, era que Manolo tenía los espermatozoides vagos y yo un gameto hostil. Vamos, que sus gusanitos llegaban al útero bostezando y ahí estaba mi óvulo esperando para agarrarlos del pescuezo y partirles la cara. Ahí Manolo y yo nos miramos y asentimos porque nos pareció una explicación muy plausible. De tal palo tal gameto.

El doctor entonces nos aconsejó probar varios métodos, como ese de quedarme con las piernas apoyadas contra la pared después del acto. Que digo yo que como los espermatozoides eran perezosos, a lo mejor dejándose caer cuesta abajo en

lugar de ir nadando... Así que ahí estaba yo, despatarrada como un triángulo obtusángulo y contemplando el techo. Pero nada, ni por esas. O a la sopa de Manolo le faltaban fideos o en mi puchero se quedaban pegados sus angulitos.

Total, que ahora estamos separados pero compartiendo piso. Tenemos separación de bienes; lo que no tenemos es bienes. Lo único la casa, que nos la hemos repartido equitativamente. Él ha tomado posesión del salón porque dice que Mofletes cuenta como inquilino y que ellos son dos, así que mira, por no discutir que se lo quede. La cocina son aguas internacionales, de uso común, aunque la nevera hemos tenido que dividirla en dos porque yo me compraba mi queso de untar y mis sustentos y me preparaba mis guisitos y él se lo comía todo. Vamos, que un día llego y me falta un fuet que había traído por la mañana.

—Manolo, ¿dónde está el fuet que acabo de comprar?

—No fe de qué fuef me hablaf.

Ahí estaba, en el sofá con el escote lleno de migas y abanicándose con la mano. Enterito se lo había comido; hasta la cuerda. No le dio tiempo ni de hacerlo rodajas.

Así que hemos acordado que las baldas de aba-

jo son más para mis activias para el tránsito y mis pechugas villaroy, y él se ha quedado con los estantes de arriba donde ha colocado treinta y seis latas de cerveza que no sé ni cómo ha conseguido meterlas. No, si cuando quiere... Luego es incapaz de llenar bien el lavavajillas. También guarda un sobre de ketchup del búrguer, medio limón momificado en la puerta del frigorífico y un huevo que yo creo que su intención es jubilarse allí.

17:30 h.

—Por Dios, Manolo, tápate un poco —le pido mientras giro la cabeza.

Ahora le ha dado por ir desnudo por casa; que se ha hecho naturista y es libre, dice. La libertad de vivir como un plantígrado. Y claro, yo no puedo ni traer visitas porque imagínate el percal: estamos tranquilamente tomando el café y de repente aparece el abominable hombre de las liendres con el cogollo de Tudela a la intemperie y rascándose el culo contra el marco de la puerta. Pues no es una cosa bonita de ver mientras te comes una pastita.

Y por si eso fuera poco, cada vez que pasa a mi lado con la chapata a la vista me dice:

—Lo verás pero no lo catarás.

Yo creo que esto es una regresión a la adolescencia o algo. Sea lo que sea, ya le he solicitado que, por favor, mientras yo esté haciendo la digestión se ponga una túnica o algo que le cubra por lo menos el culo y los madroños.

Yo le quiero porque tiene muchas virtudes, pero físicamente ha ido hacia abajo saltándose los ceda el paso. Si el deterioro es normal, yo lo entiendo. Vamos envejeciendo, lo que en su día era firme y exuberante hoy se arruga y se desparrama, lo que antes subía y permanecía tieso hasta concluir sus deberes ahora es un rábano con chepa...

Además, cuando le di el sí quiero yo sabía que no me estaba casando con Bertín Osborne, pero esto va camino de una gárgola calva. Y del vello corporal mejor no hablar. Porque Manolo es muy peludo, pero no peludo sexi como un guardabosques noruego. Ahora que tiene canas en la espalda y en los pechos es el Yeti con chancletas.

Claro que no estoy yo para criticar a nadie. Y esto no es una opinión, es una evidencia, por más que me duela. Si cuando me miro al espejo doy un rodeo para no cruzarme con esa señora tan fea.

A pesar de todo, Manolo y yo teníamos ya nuestra vida hecha, nuestras rutinas y costumbres, y cohabitábamos en relativa armonía. Con los roces

típicos de la convivencia, claro: mete la ropa sucia en la cesta y no la dejes por ahí tirada, te he dicho mil veces que si le echas ajo a las albóndigas luego me repiten, no me pises lo fregao, recoge eso que a ver si te has pensado que soy tu criada... Lo normal de cada casa.

Pero... ¿Y ahora qué?

Manolo amo de casa

Miedo me da llegar a casa y ver qué ha liado Manolo esta vez. Hasta ahora siempre nos habíamos repartido la faena: él trabajaba fuera y yo cuidaba de los niños y hacía las tareas del hogar. Las que me apetecía, he de admitir, porque mis hijos se han hartado de hacer las camas, poner la mesa, recoger el lavavajillas y todo lo que se me ocurriera. Yo les decía que era para que aprendieran a valerse por sí mismos y ellos se lo creían. Allá ellos si se dejan timar así; yo de pequeña me escaqueaba.

Total, que ahora yo necesito buscar un trabajo y Manolo se tiene que hacer su colada, su comida y limpiar su mitad del piso. Porque hasta ahora se pensaba que la casa es pirolítica y se limpia sola.

20:45 h.

No hay nada como llegar al hogar.

Entro en casa y todo parece normal pero raro a la vez. Hay una especie de tufo sutil, como un pedo en cuarto menguante.

El Capitán Cavernícola y Scooby Doo están en el sofá, resoplando y cubiertos de lamparones y churretes, seguramente porque han estado cenando como caciques vikingos.

—Holaaa. Ya estoy en casa —anuncio.

Manolo gira la cabeza, me mira y vuelve a aplastarla contra los cojines. A continuación emite un gruñido fonéticamente similar a un cromañón inventando las vocales. Desde luego, no hay nada como llegar al hogar y recibir una afectuosa bienvenida.

Mofletes, que está tumbado boca arriba, levanta la cabeza, me mira por encima de sus huevos y le ladra a la lámpara. Este perro no está bien, tiene una demora o algo.

Aquí en el salón también huele fatal pero es otro tipo de peste, es más peste bubónica, no la que olí al llegar a casa, que salía hasta por el portal.

—¿Has visto qué limpito lo tengo todo? —me

grita Manolo mientras me alejo por el pasillo—. ¿Ves? No necesito ayuda de nadie, yo solo me valgo. Soy un hombre del Renacimiento.

20:48 h.

Viendo arte renacentista.

Entorno la puerta de su cuarto de baño. Jesús bendito... Aquí han bautizado a Shrek. El lavabo está cubierto de pelos y paluegos que el señorito escupe y luego no limpia, porque Manolo y la mierda tienen firmado un pacto de no agresión. En cuanto al espejo, y a juzgar por las salpicaduras de pasta dentífrica, aquí se ha estado lavando los dientes una yegua que probablemente sea amiga de Mofletes.

También logro atisbar un extremo de la cortina de la ducha que, en algún momento y no me preguntes cómo, ha terminado zambullida en el váter.

Me gustaría inspeccionar más a fondo pero la puerta se ha quedado encallada en unos calzoncillos que hay en el suelo. La zona de tela destinada a tapar el reverso tenebroso luce un peculiar mandala de palominos. Esto no lo puedes llevar a lavar; a estos calzones hay que enseñarles un hueso para que te sigan hasta la lavadora. A su lado, también sobre el suelo, está la toalla. La toalla en singular,

porque Manolo usa una sola para secarse la cara, el pelo y los dos hemisferios del ogro. Tiene más mierda esa toalla que el felpudo de un rodeo.

No obstante la pocilga mugrienta en la que Manolo ha convertido el antiguo baño de invitados, el hedor que yo busco tampoco proviene de aquí. Prosiguen mis pesquisas.

20:52 h.

Mi sentido del olfato termina llevándome, inevitablemente, hasta la cocina. Al parecer Manolo se ha hecho su propia cena, según me ha comunicado a gritos desde el salón. Está apuntado a la escuela online de Masterchef y hace unos comistrajos con una pinta que el otro día había una mosca en su plato metiéndose las patas en la boca para vomitar.

Esta noche se ha preparado, según él, «delicias vienesas con extracto de hortalizas y un velo de lácteos». Lo que viene siendo unas salchichas con ketchup y una loncha de queso por encima. Durante su proceso de creación gastronómica ha manchado tres sartenes, dos espumaderas, la olla exprés —que ya me dirás tú para qué necesitas una olla exprés si estás friendo salchichas—, la pica-dora, un cucharón, la báscula, las dos tablas de

cortar y la exprimidora de zumo. Ha dejado la cocina como un golpe de estado en Somalia.

Después de un rato yo sigo dándole vueltas a la cabeza intentando imaginarme qué uso le habrá dado al exprimidor porque de verdad que no me lo explico. No hay mondas de naranja o de limón por ningún sitio. A lo mejor me estoy volviendo loca.

Lo más importante, sin embargo, es que ya he dado con el origen de la fetidez. Soy yo, que he pisado una mierda en la calle y la he ido esparciendo por toda la casa. Y he tardado tanto en darme cuenta porque ahora vivo en una pocilga. Compartida, eso sí.